

# Circunstancia de la Muerte

(Capítulo XII del Relato inédito "La noche sin Dios".)

Por :Gonzalo Bueno Bustamante.

HOY día ha muerto mi madre. En medio de la fiebre del dolor, de la inquietud sin término de estas últimas semanas, hoy mi corazón sólo sabe y me dice que ya no la volverá a ver jamás. Hoy ha muerto mi madre. Cuando las sombras de la noche iban cayendo, Dios - como un ladrón, entre las sombras - me la quitó. Dios tuvo vergüenza de hacerlo a pleno día, porque aún he estado confiando en Él todas estas horas de la agonía de mi madre, como cuando era niño, cuando era todavía muchacho, me aferré a la esperanza imposible del milagro, casi diría que volví a creer. No solo esto, sino que con la voz oculta de mi desesperación he estado todo este tiempo, este tiempo pavoroso y largo, suplicándole; asido a los últimos pero poderosos reductos de mi fe. Y ningún milagro se ha realizado y hoy día mi madre ha muerto. Cerca mío, de este cuarto agobiado de mis lágrimas, está reposando ahora de cuerpo presente, con sus manos entrelazadas a un pequeño y fresco ramo de siemprevivas. Y yo me abrazo al fantasma de mis años terminados, y con la rúbrica de mi dolor, pongo punto final a un lapso de mi vida. Porque hoy que mi madre ha muerto, se clausura también una época toda, toda la abnegación de la pobreza y el sacrificio, pero toda la veneración de un amor asimismo. Y hoy se me va Dios también de mí, porque como un ladrón -entre las sombras de la noche- se ha llevado a mi madre; y las últimas murallas de mi fe, que las sostenía en vida la vida de mi madre, ahora que ella ha muerto se han derrumbado igualmente para siempre.

Pero hay ratos también en que no se qué pensar, en que las dudas combaten con lo que creí de chico, con lo que resta así en escombros y todo, de mi fe. Porque la otra noche, la percepción que tuve de la presencia invisible de esa hermanita mía, muerta años ya en la provincia remota, cuando yo era también un niño, ha provocado en mi mente intrincados y desconcertados pensamientos. La otra noche, mientras se prolongaba la agonía de mi madre y yo me hallaba desesperado, en un instante de esos, sin que hubiera explicación determinante alguna -porque no sólo que no me hallaba pensando en mi hermana sino que, en realidad, por años y años jamás me había vuelto a acordar de ella- de golpe, sin embargo, me encontré recordándola; no fue eso únicamente, es que sentí a mi lado, cerca de mí, su sombra que me rodeaba como dándome fuerzas para despedir a mi madre, pero sobre todo como acompañándome en ese dolor de mi soledad. No puedo explicarme bien ni yo mismo. Pero sentía, sentía, sí, cerca de mí, a mi hermana. Su recuerdo me llenó el pensamiento; en el aire mismo de la noche, en su vacío, en la desesperación que me consumía, estaba algo de ella, su presencia, su imagen vuelta a mis ojos, a mi alma. Mi hermana, allá en la remota provincia donde vivimos un tiempo todos nosotros por alternativas del empleo de mi padre, murió muy niña, apenas me parece que de un año o poco más. Yo contaría cinco en ese entonces. Y, claro está, muy poco, apenas nada retuve en mi mente de la figura de mi hermana. Pero sí recuerdo la noche que la velaban, no me he olvidado de su blancura reposando en el ataúd; y es que allí mismo, en mis cinco años, la muerte se configuró a mi lado, se hizo corporal para mí en la blancura yerta de mi hermana, me anticipó sus caricias, su compañía, su soledad; allí inició su amistad conmigo la muerte, allí empezó a revelarse y por eso es que, de modo inconsciente, lo único que recuerdo de mi hermana Piedad es su blancura reposando para siempre en el ataúd. Y hace unas noches, mi hermana muerta vino a mí. La sentí, impalpable, a mi lado, y no porque hubiese estado pensando en ella. Pero es que mi madre se estaba acabando, y la muerte -otra vez- rondaba mi casa, me rondaba fiera, ceñuda. De qué bonduras de un más allá misterioso retornó para mí mi hermana en esa noche? Cuando pienso en esto, de nuevo la creencia y la duda liberan su batalla dentro de mí. Tal vez algo queda y permanece de los seres, después de todo, a su desaparición. Quizás hay algo, en fin, que rige la vida, el destino



nuestro; una fuerza oculta, poderes invisibles que nos gobiernan; quién sabe si la muerte, como lo aseveran los cristianos, no sea sino el comienzo, el nuevo ser. Vive en otro plano de inmensidad, entonces, mi hermana? Oh Dios, cómo dudo, cómo creo a ratos!

Mientras llueve, afuera, mi madre está para siempre tendida ya en su caja. Ha vuelto la Muerte. Ya la conozco, ya la conozco desde hace años, y a veces basta me encuentro queriéndola, no la puedo odiar, sé que un día irremediamente me iré con ella.

No he visto morir a mi madre, me faltó valor para hacerlo, basta cuando ella se me va, mi vieja cobardía me ha vencido. Debí de recoger la última mirada de sus ojos, su última lágrima, y todo esto me habría refrescado los años venideros, mi corazón. Me faltó el valor, se me estrujaba el alma y abdiqué aún hoy día, en que mi madre ha muerto ante mi vieja cobardía.

Hoy está llena de parientes y amigos mi casa, y sólo tengo a ratos el refugio de mi cuarto para abrazarme con mi dolor, para no volverlo vulgar ante los ojos ávidos de curiosidad de la gente. Mientras ellos hacen ante nosotros su compañía de circunstancias y sus palabras de aprecio no me dicen nada, aquí siento que se me entierran también, como mi madre muerta, todos los años mejores aún con su pobreza, con su angustia, su rabia de mi vida.

Así ha sido que le he dicho mi adiós. Porque si bien no tuve valor suficiente para verla morir, esta noche en que Dios, como un ladrón, me la ha quitado, pude hacer abrir nuevamente su ataúd, unas horas más tarde, y vi a mi madre muerta, y bajo sus manos he puesto ese ramo fresco de siemprevivas que se ha de marchitar con ella, en su tumba, bajo sus manos. Y me ha parecido que bajo las manos de mi madre, acurrucada, iba también a enterrarse mi infancia, mi juventud. Entonces no ha sido sólo ella la que se ha ido en este día en que Dios, aprovechándose de la noche me la ha quitado, han muerto asimismo hoy día mi infancia y mi adolescencia, todo lo puro de mi yo y Dios también.

Con prima María de los Angeles acabo de poner en las manos de mi madre muerta ese ramo fresco de siemprevivas. Prima María de los Angeles, al cabo de mucho tiempo, vmo. hoy a casa a rendir su final tributo a mi muerta. Y yo quise que fuera con ella que vera por última vez a mi madre, con ella que dijera adiós a esos pedazos de mi infancia, de mi vida misma que se han ido también para siempre bajo las manos inmóviles ya para una eternidad de mi madre.

Nada existe ya con prima María de los Angeles, de lo nuestro. Se caso hace un tiempo, hoy tiene su propio hogar, las realidades de la vida habrán matado el recuerdo, sólo existe la obsesión sin remedio de su imagen en mi corazón. Y por esto, cuando ella vmo, es que con ella quise ver por última vez camino de su eternidad a mi madre. Y prima María de los Angeles me ha acompañado, en esta noche en que Dios, como un ladrón, se ha llevado a mi madre, a enterrar mi niñez y mi adolescencia, un poco también del recuerdo de ella; porque hoy en el ataúd de mi madre he enterrado para siempre asimismo un puñado mortal de recuerdos.

Hubiera querido en cierto instante, cuando me despedía de mi madre muerta, gritar en secreto a prima María de los Angeles que estaba conmigo, con su mano en la mía, cerca a mi corazón: ¿te acuerdas cuando cortaba rosas en casa del abuelo para ponerte en los brazos, para tener el pretexto de que me miraras, de que te estrecharas un momento a mí, de que me rozara un rizo de tus cabellos? ¿te acuerdas del beso primero que nos dimos, de la vez aquella que me dejaste palpar la felicidad tocando tu cuerpo? ¿te acuerdas de cómo te amé? Pero estaba muerta mi madre, y con ella mi infancia, mi única dicha también. Y un poco como muerta también era prima María de los Angeles junto a mí, junto al cadáver que velábamos, y sólo puede, después de depositar ese ramo fresco de siemprevivas sobre las manos camino de eternidad de mi madre, estrechar un poco como ladrón, como Dios que cual un ladrón, se ha llevado esta noche a mi madre - las manos de prima María de

los Angeles, despidiéndola, porque ella otra vez estaba muerta y la volvía a sepultar en mi corazón.

Ahora, la brusquedad del dolor me tiene como paralizado. Nada hay en mí, otra vez soy un hombre hueco, vacío, me muevo como un autómatas hoy día en que mi madre ha muerto. Hoy he vestido de luto para siempre mi corazón. Pero la máscara seguirá sonriendo mañana, esta vieja máscara que un día brumoso de mi adolescencia puse sobre mi cara, para mirar y sonreír al mundo aunque me estuviera desangrando por dentro. Antes, si quiera, tenía a Dios, hoy Dios, como un ladrón, entre las sombras de la noche se ha llevado a mi madre, y ya no le tengo tampoco a Él, ya no tengo a nadie. Por esto me siento vacío. Y prima María de los Angeles ha vuelto a morir también en esta noche. Y bajo las manos camino de eternidad de mi madre, acurrucados para dormir con ella, una porción de mis recuerdos se ha enterrado también.

Siento la casa vacía, la ciudad vacía, mi propia alma es como una comarca desolada, una estación donde no llega nadie. Hoy es cuando quisiera irme lejos, hoy es cuando voy a pedir que se me ayude a salir, a distanciarme de aquí, a curar un poco a mi manera mi soledad. Porque ahora es cuando necesito partir de aquí, vivir un poco en otras tierras y aliviar mi vacío con la emoción de un viaje, queriendo a otros seres, aprisionando en el transcurso volandero de los días, diferentes sensaciones inéditas que emboten esta mi horrenda facultad de sentir.

Necesito, como nunca, ahora, enmascarar otra vez mi dolor incluso para mí mismo, viviendo con los sentidos nada más toda la vida que me queda. De nuevo, curar el alma con los sentidos, prodigarme al placer, fatigar el amor. Porque si ya no voy a encontrar el amor, este algo divino del amor que he venido buscando siempre desde que besé los labios de la prima María de los Angeles y alcancé la dulzura de su carne, puedo hallar al menos su otra cara más humana, más cierta acariciando nada más que cuerpos bajo mis brazos, bajo mis manos; cuerpos que se junten al mío, no importa que entonces comprenda que el amor no es otra cosa que una convulsión o el nombre romántico que ha puesto el hombre a su lujuria. Si, el simple amor fisiológico, la cópula animal por la que se paga unas monedas, pero que constituyen, Dios! el único puerto seguro para el olvido. Y de esto se trata. Porque quisiera consumir una buena parte de mi juventud, ahora baldía, buscando el amor, el placer en otras tierras. Si ya se acaban de enterrar todos mis recuerdos ahora, con mi madre muerta, necesito crearme otro mundo, así sea posible sólo el mundo ficticio del placer, ese que en ciertos momentos me enseñaron mi infancia y mi adolescencia - ahora acurrucadas, muertas también bajo la sombra cariñosa de la manos yacentes de mi madre - cuando allá, en los corredores propicios de casa del abuelo o en los rincones de mi propio hogar, tuve bajo las yemas de mis dedos, largamente, una largura dichosa de eternidad, la tibieza de una carne que palpitaba a mis caricias y me dejaba gozar física y mentalmente del placer, o como cuando, allá en pleno campo, en esas vacaciones inolvidables de mi adolescencia, aprendí a amar a cabalidad la maravilla plena del cuerpo humano, con la vida que se consumaba en mi cuerpo y en el otro en el que yo me estaba vertiendo.

Hoy se ha muerto mi madre, y el cadáver incorrupto de mis recuerdos va a enterrarse también. Sólo me queda entonces mi armazón de huesos y de carne, de sangre, pero nada más. El corazón es asimismo ahora un músculo constreñido de dolor y nada más. Y es entonces que tengo que vivir desde ahora únicamente con lo que queda y me resta de mí mismo, este que soy yo, con mi carne igualmente mortal, pero nada más.

Conmigo tengo el crucifijo que todos los días ha vuelto a agonizar en la agonía de mi madre, a su cabecera, por algunas horas, retenido también en las manos de ella. En sigilo me lo he apropiado, sin que nadie lo notara lo he traído aquí conmigo, a mi cuarto. Que después de las manos de mi madre, sólo las mías puedan tocarlo ya. Ante el todo este último tiempo, ha orado mi madre, yo la encontraba así, esas tardes en que entraba a darle mi tierno beso de llegada. Mi madre oraba y una especie de luz sobrenatural se asomaba, veía yo formarse en la belleza clara de su semblante. Con este Crucifijo entre sus manos ha muerto. Dios,

*como un ladrón, se me la ha llevado esta noche. Ya mis creencias se han derrumbado también. Pero voy a guardar este Crucifijo conmigo. Un algo de mi madre, de la luz de sus miradas últimas están en él. Y puede que alguna vez Dios resucite de nuevo.*

*Sigue la lluvia, cae con denuendo en esta noche en que Dios, como un ladrón, aprovechando de las sombras y de la ingenuidad confusa de mi fe y mi esperanza, se ha llevado a mi madre. Así llovía también, una tarde de mis doce años, ese día en que conocí la impiedad de la primera ilusión desvanecida cuando esperaba a prima María de los Angeles, y no vino . . . -: "te acuerdas, hubiera querido decirle ahora, en los instantes en que ella me acompañaba a depositar sobre las manos camino de eternidad de mi madre ese ramo fresco de siemprevivas, te acuerdas de esa tarde en que te esperaba y no viniste; allá, cuando teníamos doce años y yo quería madrugar en tus ojos . . . te acuerdas de cómo mis labios esperaban tu beso y las yemas de mis dedos el contacto con la gloria de ese primer abrazo tuyo . . . te acuerdas de cuánto te amé? . . . - " y así ha de llover mañana, un día, cuando devuelvan ya el inútil despojo de mi corazón a la tierra.*

200

201303

ALONSO BARRERA VALLEDE